



PRIMER PERIODICO CRIOLLO

DIRECTOR

ALCIDES DE-MARÍA

COLABORADORES: VARIOS AVENTAJADOS LITERATOS NACIONALES

Administrador y redactor: **E. DE-MARIA**

Sale á luz todos los Domingos

Suscripción mensual. 50 cents.

Número suelto 16 ¢

» atrasado 20 ¢

Avisos y otras publicaciones convencional.

Año I—3 Montevideo, Marzo 29 de 1896—N. 30

SUMARIO DEL NUMERO 30—Filosofía en bruto.—Turronistas.—A Calisto el Nato.—Carta del Indio Jesús á su china Nicanora.—La viuda Natividad al viejo Calisto el Nato.—Mateando.—Oleaje.—Los duendes de la Union.—Cosas Criollas.

FILOSOFIA EN BRUTO

Cuanto mas bagual es el hombre, menos le maltrata el freno del sufrimiento.

Cuando yo era potrillo orejano, vivia tranquilamente, sin mas ambiciones que las del horizonte de mis entendederas. Dí un trotecito hácia el rumbo del conocimiento y sentí que me incaban las primeras rodajas del deseo.

Poquito después galopé en el mismo rumbo y desde entonces sentí la opresion de la cincha de la necesidad.—Mas tarde largué la carrera, y desde ese dia cargo el recaó de la desgracia!

El que mas ignora menos sufre.

Ah! si yo pudiera corcobiar como al principio, en los floridos campos de la

inocencia, me olvidaría de la tropilla sabionda y no volveria jamás á mascar el bocao del aprendizaje.

Pero, se me ocurre pensar algunas veces, que no hay mal que por bien no venga y que la costosa carrera de la experiencia, lleva por premio el convencimiento de la necesidad de *pisar la raya*, es decir de entregar el rosquete.

Hay algunos que dicen, que cuanto mas se aprende mas se ignora, y hubo no se qué afamado domador de conocimientos, que después de muchos años de oficio dijo: sólo sé, que no sé nada!

Eso que se lo cuente á su abuela. Pero al menos reconocia que ignoraba todo, que es saber mucho!

Si el mundo premiara siempre las virtudes y el saber de los hombres, podria uno hacer el sacrificio de cinchar fuerte, para sacar la carreta del pantano de la ignorancia! Pero... como no es posible llegar al pueblito de la ilustración sin sambullirse en la picada de los sinsabores, es al cohete hablar con la boca llena!

La verdad es, que hay animales que son relativamente mas felices y ejercen ciertos derechos, con mas libertad que el hombre.—Será justa recompensa, porque el hombre, es el mas destructor de los animales.

Cuando uno cáe en mala hora, inducido por la suerte ¿á quién se debe culpar?... á la suerte?

Es verdad, que hay un refran que dice: que el hombre propone y Dios dispone: pero por mas verdad que eso sea, nunca se tiene en cuenta cuando la *justicia* juzga y condena castigando al que no ha podido contrariar las resoluciones del destino!

A veces me pongo á contemplar los vastos campos de la estancia del cielo, á esa hora en que el incomparable fogon del Sol, comienza á cubrirse con las cenizitas de la noche, para conservar el fuego para el otro dia.

Veó aparecer una gran majada de estrellitas brilladoras, que empiezan á compadrear culebriando con los destellos de su luz, y me pregunto con verdadera curiosidad ¿quien será el afortunado estanciero, dueño de esa hermosa cria?

No puede haber fin sin principio.

El charque, antes de charque ha sido carne fresca.

Algunos gringos renegados, de esos que nos han enseñado á explotar al prójimo, y que dicen que saben, niegan la existencia de un patron en la gran estancia del Universo.

A mi se me hace peludo creer que haya un gaucha tan grande y tan desconocido por todos; pero... se me hace mas cuesta arriba creer, que un queso tan tremendo, como es el mundo, pueda haber salido de la lecheria de la nada.

Algunos sospechan que la relacion entre sí que tienen las cosas, influya algo en el amasijo del queso, pero eso es discurrir al cohete! Por mas relacion que tengán entre sí las cosas, para que haya un queso, tiene que haber habido leche, para que haya leche, se necesita un animal que la dé; para que haya animal que dé leche, necesita otro animal, y así sucesivamente, y por mas que sigamos el viaje para que exista una cosa, se necesita que haya existido otra, y cada vez de mas importancia; de esa manera jamás llegaremos á la nada, y sí, es mas facil que buscando á mi manera, por los impenetrables bosques del entendimiento humano, lleguemos, no á encontrar, pero sí á presentir ó adivinar quien es el afortunado ganadero que ha traído al mundo las crias de los vivientes.

Algunos bárbaros dicen que el siglo XIX es el siglo de las luces! De las luces apagadas puede...

Desde que hay mundo todos ambicionan vivir mucho, todos tratan de inventar la manera de no entregar el rosquete, y hace mil años se vivia diez veces mas que ahora; ¡miren qué adelanto y qué luces las del siglo XIX!

Muchas veces he pensado, por lo que veo, que es al nudo ser bueno por el interés de la recompensa. Cansado estoy

de ver hombres nulos y canallas en el trono de la opulencia, y á gauchos trabajadores y modelos de virtud, que hacen mas de cincuenta años que se contentan con chupar las *pesuñas*. ¡Conqué hagansé cargo, paisanos! Ser bueno y decente no tiene mas premio en el rodeo de la vida, que verse libre de la pesada carga de la conciencia.

En una de esas noches en que lloran las nubes, después de darse una fuerte pechada de que salen los ruidos y las luces asustadoras de los truenos y los relámpagos, embestido por el toro de la reflexion, se me ha ocurrido pensar en el potro furioso, llamado destino, y he dicho para mí: «Si es cierto que nosotros obedecemos á los corcobos de ese animal tan indómito y no somos responsables de lo que se le antoje destrozarse en su ciega carrera, puesto que no lo podemos manejar por las orejas ¿porqué se culpa al domador de las averias?»

Para mí la vida, es como el truco hasta el dos; muy lindo y divertido, cuando se le saben todas las manganetas y cuando se tiene liga.

Las creencias ó religiones son pequeños remedios para los grandes males que carcomen la tranquilidad de conciencia. Para los muertos de hambre, la mejor religion es la que enseña que se debe ayunar. Para los ladrones, la mejor debe ser (si existe) la que aconseja dejarse crecer las uñas;—y para los desgraciados conformarse con el tesoro de la honradez y su suerte.

El hombre debe probar lo amargo para darse cuenta del sabor de lo dulce. En el campo la aficion al mate y la costumbre, hacen que nos inclinemos á lo amargo, porque es menos facil que nos empalague.

Dicen que lo último que debe perder el hombre, es la vergüenza; segun eso, por estos pagos hay muchos que comienzan por el fin.

¡Qué *parva* de vergüenza van á encontrar los animales del siglo XX si se amontona toda la que se va perdiendo en el presente!

¡Tantas cosas que se inventan y no haber podido inventar una balanza bien justa para pesar á los hombres por sus méritos!

Hoy en dia la fama es como la garrapata; se le prende al mas leproso, talvez porque es el que despide olores mas nauseabundos, y huye de los cuerpos limpios.

Y como hay un refran que dice: «cria fama y echáte á dormir, y la lepra no se cura con roncar, los hombres de fama de esta época, están espuestos á reventar de enfermedad tan asquerosa!»

Ya he tabiao barbaramente, mano á mano con mi pensamiento, y como jugamos de compañeros, ya se figurarán quien ganará en la partida.

Voy á echar una siestita, y á pensar durmiendo, porque segun el gaucho *Caldera Grande*, es exactamente lo mismo que discurrir despierto!

Eugirne.

TURRONISTAS

A esta patria infortunada que no es ya la patria vieja, hay un cáncer que la deja como al gallo de Moron, si algun hábil cirujano no se lo estirpa con tino; y ese cáncer tan dañino es el vicio del turron.

El político que grita mientras se halla en la llanura y por llegar á la altura trepa á cualquier escalon; el que al fraude lo combate mientras que no le conviene y luego al fraude se aviene ¿ese qué busca? turron.

El que al soplo del halago gira como una veleta, el que cambia de chaqueta, de partido ó de opinión, y no le importa ni un bledo lo que murmura la gente mientras él le pega al diente, ¿qué es lo que busca? turron.

El militar que su espada pone al servicio de un bando y cambia de rumbo cuando ve que allí no hay ocasion de pescar algun ascenso que lo eleve en la carrera, como se pesca una pera, ¿ese qué busca? turron.

El diputado que se hace chupandino ó gubernista siendo su punto de vista la próxima reeleccion, que á todo dice: apoyado! con tal que la dieta siga, y piensa con la barriga, ¿qué es lo que anhela? turron.

El empleado que á los clubs políticos no se afilia

porque á vivir de vigilia se espone por la opinion, y aunque murmuré del amo lo hace apenas rezongando, para continuar mamando, ¿qué es lo quiere? turron.

El marciano que se inscribe y dá luego su boleta al que afloja la jareta con que compra la inscripcion; el que aumenta de los gatos la gran cria aterradora que á la patria la devora, ¿qué es lo que busca? turron.

El que escribe laudatorias en los diarios del gobierno, el que se le importa un cuerno que le llamen adulon, y contra viento y marea rema y rema sin descanso, ¿hace todo eso por ganzo? Lo hace todo por turron.

Cuando alguno de esos que no afloja pesos ni á palos, le manda sendos regalos al jefe de la nacion, demostrándole con ello su fino amor y respeto ¿porqué lo manda el sujeto? porque produzca turron.

Cuando hay algun personaje que anda de cobres escaso y le dobla el espinazo al que maneja el baston del mando, porque presume que pueda tenerlo en cuenta, ¿ese qué idea sustenta? Va! la idea del turron.

¿Si se presta un delegado del Poder Ejecutivo á mandar como cantivo algun pobre á un batallon, por mas que la ley lo ampare y que la viole á sabiendas, ¿busca al hacerlo prebendas? Lo que busca es el turron.

¿Los que defienden *playitas* y los que esplotan playones dando sendos tarazones con dientes de tiburon, ¿sabeis porque de ese modo tragan con tal desenfado? porque en la patria arraigado está el cáncer del turron.

El negociar con la patria
ya es cosa como de moda,
se pisa cuando incomoda
la santa Constitucion,
las leyes son para escritas
hasta entre legisladores:
¡Ya no hay mas leyes señores,
que las leyes del turron!

¡Que vivan los turronistas
y que vivan las gateras,
no hay que hacer caso á zonzeras,
y que siga el pericon!
Que en este país de Batuecas,
sin que *nai*des lleve un susto,
vive y se rie á su gusto
el que asegura el turron.

Quien echa todo á la espalda
ó le echa la capa al toro,
en el empleo, en el foro,
gobierno ó legislacion,
ese asegura de fijo
gran patrimonio ó herencia,
la vida de la opulencia
que es la vida del turron.

A ese señor, cuando pasa
hay quien le saca el sombrero,
porque es hombre de dinero,
hombre de la situacion;
y mientras que el pueblo llora,
y casi de hambre se muere,
ese tiene... lo que quiere,
á ese le sobra el turron!

Paisanos! asi es la vida
en los pueblos de carneros,
pueblos que pierden sus fueros
cuando viven del turron...
Cuando tomeis vuestro mate
revolviendo los tizones,
aprended estas canciones
á la orilla del fogon.

Tio Francisco.



CARTA DEL INDIO JESUS A SU CHINA NICANORA

(Conclusión—Véase el número 29)

—Pues, como te iba contando, Nicanora. Se remolineó aquel rodeo humano, y después de otra cencerrada y de otra farra musiquera, se arrolló de nuevo la cortina más arrugada que al principio, y nos dejó ver á Juan José, pero... ¡asombrate, china! preso en una carcel ¡que no se si el demonio la cuartiaría hasta aquel sitio!...

Lo que aconteció, según me dijo un mirón, jué que el mozo, no sabiendo de donde sacar dinero para satisfacer los caprichos de su querida, y enamorado de veras como suelen esiarlo los pobres, se pisó el palito y se metió á ladrón!

—La justicia que nunca indaga los motivos del delito lo condenó á ocho años de prision, tal vez porque arrastrao por la suerte, en un momento de ofuscacion, se apoderó de lo ajeno...

El hombre estaba pálido, como luna que anuncia tormenta, sin otros consuelos que la esperanza de que lo recordara su querida, y el cariño del número 128, su único amigo en la prision.

—De pronto, le llega una carta, que abrió, con la rapidez de un matrero que siente ruido entre las matas, y recorriéndola varias veces, con los ojos del deseo, le dijo al compañero. después de secarse una lágrima: *no se leer, paisano!*

—El destino número 128 le contestó, no se aflija que eso tiene remedio. Traiga amigo, que también en las cárceles hay *gente decente*. Y empezó á leer bien de corrido el contenido de la carta, que decía esto, poco más ó menos:

«Tu novia, no te ha ido á ver, por que no se ha querido apiar de la parva de su capricho; y mientras tu estás triste y solo, ella está de gran farra en compañía de tu rival, con quien se ha acollarao la sinvergüenza.

—¡Ay juna!—gritó Juan José, retorciendo los ojos como perro envenenao, y pegando más patadas y corcobos que bagual cosquilloso cuando siente la cincha en la verija: ¡si yo pudiera volverme pájaro para escaparme de la carcel, le pegaba más puñaladas que besos le dió la madre!

—No se apure, paisano, que para algo son los amigos, le contestó el 128; yo le prometo que esta noche levantamos el vuelo, y nos juimos de aquí, si Dios nos ayuda.

—Dios se lo pague, amigo, porque para un servicio tan grande no hay dinero en la tierra, le dijo Juan José, y se fueron pa dentro.

—Yo ya me iba calentando las mace-tas, al ver que la patriada se presentaba de mi flor.

Redepente arrollan la carcel, yo creo que por medio de bruñeria, y aparece un rancho de paquetes, por el lujo, y en un sillón y muy desgarrada, la vieja lechuz que tan mal aconsejaba á la antigua querida del disgraciao Juan José.

—En ese momento la vieja mi vecina se espulgaba con disimulo, tal vez para prepararse pa otra cena.

—La moza y su nuevo querido que al parecer la trataba de lo lindo, tuvieron

un coloquio amoroso, y sin reparar que todos los mirábamos, se atracaron nomás unas colleras de besos y de abrazos, mientras la vieja lechuza se hacia la que roncaba.

Lo cierto jué que al fin la muchacha se quedó solita, contemplándose en el espejo, talvez porque no se via el retrato de su conciencia, y por que dicen que el lujo y la *cobrería*, son los mejores remedios para sacar las manchas que ensucian á las personas, ó al menos para taparlas por encima.

—Echate salivita en las orejas, Nicanora, por que viene lo más lindo.

—Cuando la muchacha estaba más entretenida contemplándose, como gallineta que abre la cola, se le presenta el mentao Juan José, con un aire tranquilo, como el que ha llenao bien la panza de su deseo, despues de mucho ayunar.

La moza cuando lo olió, se pegó un jabon del diablo, y él, con risita burlona que demostraba sus intenciones, y con las manos en los bolsillos, talvez por no asustarla tan de golpe, le dijo con voz pausada, como la de todo hombre valiente: ¿No esperabas mi visita, verdad?

—La moza se incó, pidió perdon y largó todos esos últimos resuellos que estilan las mujeres para embabucar á los cristos; y Juan José, serenito, como domador que no teme al flete, le retrucó á la moza:

—«¿Y quien se ha condolido de mí? ¡Ocho meses encerrao sin más consuelo que el recuerdo de una ingrata! ¡Ocho meses de martirio, mientras tú vivías en continuas fiestas con tu nuevo adorado!...»

—¡Vete, Juan José! le dijo la moza.

—¿Que me vaya? ¿Que me vaya, cuando he venido á vengarme?—Ah! ya sé; Estás tan acostumbra á mandar en mí; estás tan habituada á que yo haga solamente tus gustos; que aún te figuras que te obedeceré, que me iré, que lo olvidaré todo!... Pero te equivocás, vengo decidido á vengarme, y me vengaré!—Te lo juro por... (Yo no tengo padres por quienes jurar, pero telo juro, por mi honor! No, no puedo; ¡soy un ladrón! pero... te lo juro; me vengaré!...

—¡Oígalé el duro! le grité entusiasmao, mientras la vieja, mi vecina, que empezaba de nuevo á soltar el moquillo, pegaba unas cabeciadas como pescador de caña.

—¿Que pensás hacer? le dijo la moza, á Juan José.

—Destripa al infame, que me ha robao á la única prenda que estimaba en el mundo; á ese hombre que despues de haberle dao mi sangre, me recompensa de esta manera!

—¡Matar á mi Paco! ¡A mi querido Paco! dijo la moza.

—¿A tu Paco? le contestó, Juan José, retorciéndose como perro que ha tragao la bolilla envenada.—¿Y aun te atreves á llamarle tu Paco, en mi presencia?... ¡Ahora si que me voy á vengar á mi gusto!—¡Llamarle mi Paco! delante del hombre, que perdió el honor por satisfacer tu capricho!

—Y después de unos forcejeos al cohe-te, que tuvieron entre ambos, sailó Juan José, á buscar á su rival!...

—La muchacha quedó estrilando, por que le cerraban la tranquera de su felicidad, y gritaba, como corderito que no ha ya la madre: ¡Paco mío! ¿Dónde está mi Paco?

—Volvió Juan José á presentarse por la puerta del fondo, con una cara muy alegre, y con los brazos cruzaos, en señal de que habia aprovechao el trabajo del día, y mirándola á la moza:—¡Me vengué! dijo, con un tonito de hombre agalludo y satisfecho.

¡Asesino! Asesino!—gritaba desesperadamente la muchacha,—has matado á mi Paco! ¡Asesino! asesino!

—Mentira!—dijo dignamente Juan José. —No he hecho nada mas que vengar mi honor ultrajao.

Y como la muchacha se emperraba en llamarle asesino, la agaró del gañote y se lo apretó de tal manera, que en menos que canta un gallo jué á hacerle compañía á su dijunto querido.

Juan José de fijo estaba loco...pero apesar de todo, los que conocemos los rinconcitos de su historia, sabemos que las muertes fueron en güena ley y que cualquier hombre se hubiera disgraciao como el mozo.

En los momentos en que le apretaba el buche á la tortolita viuda, se presenta el amigo de Juan José, aquel que le mandó la carta á la cárcel, y al ver la operación, se mascó un naco de fumo brasilerero.

Juan José, se apercibe de que habia muerto á su querida, se arrepiente mucho, y llora como un niño, se abraza de su amigo y.... se descompone de nuevo la cortina, ocultando entre sus arrugas tantas lágrimas y misterios que, no pude seguir palpitando por que la vieja vecina, sacándose algo que le estorbaba en los ojos, y pegando unos bostezos como enfermo de sueñera me dijo cerca de la oreja: ¡que güena estuvo la junción!

Todos se fueron levantando, talvez por no entreverarse con los criminales, y yo por no volver á caer de mfsto, me le aparré á la vieja pa que me enseñara el camino de la fonda.

—En resumidas cuentas: Solo por ignorancia ó envidia, se puede murmurar que, *Juan José* no es bueno; pero bueno de ley, de esos hombres que aunque rús-

ticos, sufren resignaos las vicisitudes de la vida, hasta que las garras de la desgracia, los arrastra hasta el paso de la mala suerte, donde se zambullen en el remolino del honor, sacudidos por el ventarron del destino.

Y ahí tenés mi vieja en lo que pararon todas aquellas rastrerías, que te he relatado como al galope, y que te aconsejo tengas presente por si al diablo se le ocurre tentarte.

Euqrne.



A CALISTO EL NATO

(Continuacion)

No es la culpa del paisano, decia,—si alguna vez, lo han visto con altivez con el puñal en la mano, sino de algun inhumano justicia, que atropellando por todo y hasta burlando la amistad, blanco lo hacia de sus tiros, si tenia mujer linda y genio blando.

Que Santos Vega, el cantor de voz de timbre divino, nacido en suelo argentino, además de payador fué en las lides del amor un hombre muy afamado, mas no bien habia gustado de una pasion el encanto, cuando se trocaba en llanto el placer del desgraciado.

Vega era á los veinte años un paisanito inocente que atravesaba inconsciente la vida, sin desengaños; para el mozo eran estraños los ardides de ciudad, era espresion de bondad, idolatraba á la madre y veneraba á su padre, un dechao de probidad.

Por fin cayó al pago un dia, de la ciudad un caballero que con su hija, un lucero, á establecerse venia. Se llamaba ella, Maria, de virtud era un tesoro, blanca y rubia como el oro, trabó relación con Santos que asonzao por sus encantos lanzó temblando un ¡te adoro!

Con ganao del viejo Vega el señor se estableció,

ganao que el viejo le dió con una confianza ciega, á crédito (hoy ya no pega) y sin un papel firmao, lo que hizo que el desgraciado no pudiera reclamar cuando le quiso cobrar, y hasta se viera golpiao.

El reclamo se ofreció con motivo de la muerte de los padres ¡triste suerte! de Vega, á quien lo mató una indiada que atacó del Azul las poblaciones, incendiando habitaciones, á los cristianos matando y en fin, los campos dejando tan solo con los terrones.

La deuda le fué negada al huérfano paisanito con un descaro inaudito por el padre de su amada; después le fué confiscada la hacienda que le quedaba, porque ya en autos estaba el tan honrado señor, que Maria, con su amor el del paisano pagaba.

Sufrió con paciencia luego hasta un castigo afrentoso de su deudor, que furioso, y echando al mirarlo fuego, no quiso atender el ruego de aquella infeliz Maria que de rodillas pedía que á su amante perdonara y tanto no le injuriara que era hombre y se vengaria.

Como era el tal, Juez de Paz, entró á Vega á perseguir haciendo al mozo sentir con insistencia tenaz su furor que más y más se acentuaba á cada paso, ofreciéndose así el caso de que Vega se irritara y desde entonces jurara dar porrazo por porrazo.

Así continuó su vida cantando y buscando amor, ó sufriendo el cruel dolor de ver la dicha perdida; peleando á toda partida que en son de guerra venia, sin olvidar á Maria, á quien tanto idolatró y á quien á ver no volvió desde aquel infausto dia.

Tuvo un amigo querido muy valiente y campechano

á quien llamaba su hermano Carmona, dende que vido que por su causa fué herido en una topada ruda, por prestarle al mozo ayuda al verlo medio apurao, por la polecia cercao compuesta de jente cruda.

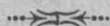
Carmona y una Dolores fueron al cabo, de Santos los pesares que mas llantos le trajeron.—Sinsabores muy fieros y matadores por esas prendas pasó, y mas dende que mató á su amigo, sin saberlo, al tratar de protegerlo en un lazo en que cayó.

Que no fué Vega un malvado lo probó con el pesar que le llegara á causar el fin de su desgraciado amigo, con quien pasado había sus dichas y males, ya esgrimiendo los puñales, ó ayudándose en amor. Tal fué de este payador la vida, pelo y señales.

Y que tuvo sentimiento no deben ponerlo en duda; su mismo genio lo escuda diciendo que eso no es cuento, Brilló en él el pensamiento poético con vigor, y aun en el fiero estertor de agonía prolongada, ¡al dar la última boqueada la dió como un payador!

Juan Cuervo.

(Continuará.)



La viuda Natividá

AL VIEJO ÑO CALISTO

Aunque usted señor Calisto no me ha prestado la cuarta que le pedí por mi carta para que en forma de misto ú otra cosa, el mozo listo y embrujador me entregara; yo no le haré mala cara, que mujer cual yo resuelta halla siempre á cada vuelta la cosa que ambicionara.

Pensando que no venia la carta que yo esperaba de su fineza, me estaba

leyendo avisos de *El Día* cuando dije:—¡ésta es la mía! viendo destacarse ufana una Zarah la Africana en la columna imprentera, adivina de primera, del diablo creo que hermana.

Miré bien el avisito para no olvidar la casa y envolviéndome una gaza para cambiarme un poquito la cara, fui derechito desde esta, la ciudad vieja, á la calle Lavalleja, puerta del número treinta, la que al pronto no aparenta ser casa de una diableja.

Llamé y me hicieron entrar sin antes interrogarme por lo que empezó á temblarme el cuerpo y por disparar estaba ya al contemplar mezclados en confusión en un grandote salón una porción de animales, botellones y puñales y un enorme lechuzón.

Yo me encontraba asustada lo confieso con franqueza, sentia que mi guapeza del todo estaba eclipsada, y que si alguna pinchada con un aguja me hiciera, seguro que no saliera de sangre ni una gotita.... me encomendé á Santa Rita porque nada sucediera.

De detrás de una cortina que al pronto se descorrió, á mi vista apareció doña Zarah, la adivina. Con una manera fina me saludó la mujer y «estoy dispuesta á atender sus pedidos, claro dijo, porque usted viene de fijo, á utilizar mi saber».

«Si señora doña Zarah» dije con voz insegura admirando la blancura de la que yo me pensara tendría negra la cara por ser de raza africana en su cabeza más lana que un carneraso merino, y mirada de asesino, con puñal y con macana.

«Si señora,—repetí— yo la vengo á consultar aunque pensaba tratar,

con otro señor que aquí
hace el oficio que á mi
me dijeron que hace usted.
Con que así, yo le diré
lo que á su casa me tray
y usted me dirá si hay
remedio, si es que lo ve.

«Y quien es ese señor
á quien usted iba á ver?
—Un amigo á mi entender
de un paisano sabedor
de las cuestiones de amor
que se llama don Calisto.
Sí?—dijo—Yo mucho misto
le 'he mandao á ese viejito.
Es de mi gran amiguito.
Hace tiempo no lo he visto.

«Yo quedé medio asonzada
al saber que era su amiga;
me entró un poco de fatiga
y me dije: ¡Estoy boliada!
¡no me va á querer dar nada!
pero ella comprendiendo
que me encontraba sufriendo
dijo:—me puede pedir
lo que guste que á servir
su deseo voy corriendo.

«Muchas gracias, doña Zarah
dije dándole la mano,
yo me prendé de un paisano
que por mi estancia pasara
y como que él me jurara
que me haria su mujer,
yo juzgué que podria ser
marchando la cosa en popa,
mas el pillo hasta una tropa
me llevó al anochecer.

«Diga usted, ¿de tan indigna
persona, no ha conservao
alguna prenda?—Un bordao
tirador, cosa muy fina,
una trenza de la china
que quiere con buenos fines,
dos pares de calcetines
con bastones coloraos
que parecen muy usaos,
y unos ya viejos botines.

¿Y en qué se ocupa ese mozo?
tiene rentas? es pueblero?
—Es de aquí, carretillero,
muy pintor y pretencioso.
—Pues pronto verá su gozo
al mismito infierno echao.
Las prendas que le ha dejao
(mi saber se lo asegura)
harán que de la cintura
pa abajo quede baldao.

«Esto es por el tirador.
Los botines... ¡ahí es nada!
le doy vuelta la pisada
pa que sufra gran dolor;

y por si és hablador,
con las medias de sus piés
que doy vuelta del revés,
le dejo la lengua dura
y nadie, crea, lo cura
ni aunque sea sábio francés.

—Pero él á su amigo ha dicho
que á Escribanis consultó
y el brujo me le entregó
después de mostrarle un vicho,
algo así como gualicho
ó polvos para el amor...
—Dejemé hacer, por favor!
verá usted como lo amanso
y sin gran trabajo alcanzo
á que sea su amador.

«Vaya y tráigame una prenda,
no pierda un solo momento,
sea lijera como el viento
si desea que la atienda,
y en su misma casa prenda
de sebo alguna velita,
y le clava una agujita
con diez ó doce alfileres,
diciéndole: «O tu me quieres
ó así clavo á tu chinita.

«A ella ya le llegará
su San Martin, por la trenza;
yo haré sin más que la venza
y el carrero bramará.
De mi poder no tendrá
amiga una sola queja;
en estas cosas soy vieja
y pormás que me hagan guerra
ya verá usted que en la tierra
aun no he encontrado pareja.

«—Está bien, así lo haré,
muy contenta y muy ufana,
le dije, y hasta mañana
en que todo lo traeré.
Yo agradezco mucho á usted
que me ayude en la cuestion
procurando que el bribon
de Quintin (así se llama)
se olvide de la que ama
y me preste su atencion.

De nuevo me despedí
de aquella sabia mujer
y como haciéndome ver
dos brasileras le di;
luego á la calle sali
gozando con la esperanza
de conseguir la venganza
que persigo hasta mi fin.
¡Yo haré ver á ese Quintin
hasta donde mi odio alcanza

La viuda Nativida.



MATEANDO

(ENTRE EL VIEJO CALISTO Y UN LETRADO DE CAMPANILLAS)

Letrado.—Buenos dias, don Calisto, aqui me tiene otra vez, con ganas de echar un párrafo y saborear otro amargo como el que tomamos hace como dos meses en este mismo rancho, conversando sobre cosas criollas.

Viejo.—Es cierto, amigo doctor, y me alegro que no se haiga olvidao que en el fogon de este rancho no falta agua caliente y güena yerba para osequiar á los amigos.

L.—Ya sé, viejo, y por eso es que he vuelto á caer por estos pagos, donde se pasa un buen rato.

V.—Tome asiento, doctor, en ese banco, mientras que ensillo el amargo, y cuente algo de nuevo, usted que viene del pueblo y es persona de valer, que se relincha y se entopilla con lo mas copetudo.

L.—¿Qué quiere que le cuente, amigo, si aquello está que da pena. Lo único que le puedo decir, y eso quizas ya lo sepa, es que un paisano del Cid, avecindado del otro lado del charco, se ha puesto como un aji á causa de una versada sobre Cuba que usted escribió hace unos dias contestándole á otra que el doctor Daniel Granada publicó en un diario del Salto.

V.—¡No me diga, doctor! ¿Y me trata muy fiero ese paisano del Cid?

L.—Como á mancarron ageno.

V.—Entonces si así mosquea, debo haberle pegao en la matadura.

L.—Tal creo, don Calisto; y aunque no ha sido á él personalmente la mojada de oreja, parece que le ha ardidó la cosa, y ha copao la parada como con intencion de quedarse con la baraja.

V.—¿Y ese copador de paradas, es hombre que pisa fuerte?

L.—Le diré don Calisto, lo que yo opino al respecto, suponiendo que sea el que yo me figuro.

El hombre es *mu* entonao, como que es paisano del Cid y de aquel gaan Capitan de las célebres cuentas, y sobre todo *mu* español, como que se hizo ciudadano argentino, y ahora escribe en *El Correo Español* de Buenos Aires, porque de esa manera es español y argentino y masca á dos carrillos.

V.—Pero ¿qué es lo que dice á mi respecto? Porque lao se me apea doctor, con el rebenque de la crítica?

L.—Por el de enlazar, don Calisto.

V.—Entonces no hay que temerle á la embestida, porque se ha apiao á lo maturrango.

L.—O á lo que te criastes; que es lo mismo. Pero algo ha de entender el hombre de campero, porque despues de enojarse y echarlas de padre maestro, asegurando que la versada es como costura de tropa por lo mal hecha, dice que no vale la pena de ocuparse de una cosa tan ordinaria, como que ha sido escrita por un gaucho.

V.—¿Y eso dice el gallego? ¡La pucha que será bárbaro! Si sabrá ese mulita lo que quiere decir gaucho?

L.—¡Que ha de saber, don Calisto! Figurese que los académicos españoles dicen que la palabra *gaucho* la han tomado del francés *ganche*, que significa *gancho*; y que és el nombre de unos indigenas de ciertos puntos de América, especialmente cerca de Buenos Aires, que viven en el campo y son generalmente incivilizados.

V.—Ya veo, amigo doctor, que no son ni siquiera de freno los maestros de la lengua; porque eso de comparar á un gaucho con un gancho, no se le ocurre ni al que asó la manteca.

L.—Y para barbariar de ese modo han tenido que buscar una palabra francesa. Pero lo mejor del caso es aquello de que son *generalmente* incivilizados; lo que quiere decir que hay algunos que no lo son. De manera don Calisto, que habiendo gauchos civilizados, no sé de donde el gacetero del «Correo Español» saca la consecuencia de que gaucho quiere decir hombre incivilizado.

V.—Eso lo dirá probablemente por los gauchos argentinos, desde que se refieren los maestros de la lengua, especialmente á los que están mas cerca de Buenos Aires.

L.—Y sin duda por eso el gacetero español se ha hecho ciudadano argentino.

V.—A la cuenta, doctor, porque entopillao de ese modo puede relinchar mas á su gusto.

Pero ¿qué sería, á su parecer, lo que lo hizo corcobiar de una manera tan fiera, cuando leyó la versada?

L.—Para mi gusto, aquello de los esclavos, y lo de que nuestros padres lucharon como luchan los cubanos por independizarse del poder español.

V.—¿Y usted cree que me he errao en la cuenta, como se erraba aquel gran Capitan, paisano del escribidor del *Correo*?

L.—Así creo, don Calisto, porque l

ha puesto de menos al calcular en trescientos mil los esclavos de la isla.

Cuba tiene un millón cuatrocientos mil habitantes, de los cuales 760,000 son blancos, 270,000 mulatos y 370,000 negros y esclavos.

Es el único país del mundo civilizado donde todavía existe esa ignominia, que concluyó en Norte América y el Brasil, y que tiene su último baluarte, como un contraste con la civilización, precisamente en la tierra que guarda las cenizas del descubridor de la América, el inmortal Colón.

V.—Sabe, amigo doctor, que había sido como cartilla vieja. No devalde le llaman de campanillas.

Pero á mí me parece que los corcobos mas fuertes se los ha hecho pegar al del *Correo* aquella comparanza entre los españoles y los yankees.

L.—Pueda ser, don Calixto; porque es indudable que la influencia de la raza norte-americana prepondera cada dia mas en la isla, y eso les hace cosquillas á los carceleros de los 370,000 esclavos.

Fijese sinó en lo siguiente; que he leído hace poco en una Revista de Madrid titulada *Blanco y Negro*: —«¡La beligerancia para los bandidos, para los «negros bozales, para los incendiarios, «para los dinamiteros....!»

«Pronto habrá en Cuba 150,000 soldados españoles. Y entre *yankees* y soldados.... ociosa es toda clase de cumplimientos.»

V.—¡La gran flauta, doctor, que andá-luzada!—Ciento cincuenta mil soldados, y no pueden someter á un puñado de revolucionarios!

L.—Y no es porque los españoles tengan nada de flojos; pero los otros son criollos, saben montar á caballo, viven cou un churrasco, como vivíamos nosotros, y son baquianazos del terreno para la guerra de recursos.

V.—Y esa isla, doctor, debe ser un país muy rico, segun la juerza que hacen los españoles para no largar la prenda?

L.—Ya lo creo! viejo; no hay nada mas rico en toda España.

La isla, segun datos que se tienen por ciertos, subviene á todos sus gastos, mantiene una marina respetable, paga el sueldo de doce mil soldados regulares de que se compone su guarnición en
de pta. y engorda á centenaes

de zánganos que componen y dependen del gobierno del Capitan general.

V.—Pero volviendo á la felpiada que dice que me ha pegao el relator del *Correo* ¿no le parece que ha pisao el palito al tratarme de gaucho?

L.—¿Y porqué, don Calixto?

V.—En primer lugar, porque, como usted mismo ha dicho, ni sabe lo que quiere decir eso de gaucho en el sentido en que nosotros lo entendemos; y despues porque debía saber ese argentino postizo, que los gauchos de estas tierras no balaquiaban de lejos cuando se peleaba por la patria, como balaquean ahora mas de cuatro españoles que lá echan de patriotas y hacen las del capitan Araña:—*animémonos y vayan!*

¡Que mas quisiera, ese galleguito del *Correo*, que parecerse á los gauchos para poderse lucir un dia de fiesta!

L.—Pucha! el viejo alunao; si había sido de los que no aguantan caronas.

V. No crea, doctor, que es por el génio. Pero no semos mancarrones de alquiler para dejarnos palmiar por cualquier gringo.

Y hay algunos que juzgando á los gauchos por aquello de que quien se viste de lana debe de ser carnero, piensan que debemos de ser unos baguales por vestirnos de chiripá ó de bombacha, como si nuestro traje campero no juera tan nacional como el del andaluz ó del viscaíno en su tierra.

L.—¿Y usted cree, viejo, que esos extrangis que critican nuestras costumbres, sepan siquiera lo que es *chiripá*?

V.—Eso saben hasta las criaturas.

L.—Pues las criaturas de acá, saben en eso mas que los académicos de España. Y de nó, oiga don Calixto, para que se divierta, lo que dice al respecto el diccionario de la lengua:

«*Chiripá*. — Pedazo de bayeta de color claro que lleva la gente pobre de «Buenos Aires y Montevideo, y les cubre desde la cintura hasta mas abajo «de las rodillas. — *Gente de chiripá*; «nombre que en las mismas partes se «da á la canalla ó gentuza.»

V.—Pues esa canalla ó gentuza jué la que les dió el vuelto cuando vinieron á apropiarse estas tierras, y no es extraño que les pusieran esos nombres, como les dan ahora á los cubanos los de bandidos y *antropófagos* por la mis-

ma razon que á nosotros: — la de querer independizarse.

L.—Pero aparte de eso, viejo; la descripción del chiripá corre pareja con aquella del mate, que tanto lo hizo reir la vez pasada. Barbaridades son triunfos; y así se escribe la historia.

V.—Que quiere dotor; y esos son los que nos critican y nos enseñan. ¡Hágase cargo!

(Continuadrá)

GUITARRA NACIONAL

OLEAJES

Que triste es vivir dudando
entre sueños de ambicion,
mientras hiere al corazon
puñal que nos va matando.
¿Yo he de sufrir hasta cuando?
pregunto á la suerte ingrata;
y ella me dice: —Desata
ese nudo que te oprime,
que á veces rie el que gime
y hasta un laurel arrebatá.

Poco me gusta atender
(sigue la suerte diciendo)
al que siempre está pidiendo
que lo vaya á proteger;
pues se debe comprender
que cuando marca el destino
á cada mortal su sino,
debe tener su razon,
que el destino es el timon
que traza al barco el camino.

Si en la vida que es un mar,
nadando y nadando, el hombre
busca riqueza y renombre,
nada le vale el boyar.
Para perlas encontrar
(lo sabe hasta el mas obtuso,)
hay que buscar como el buzo
que las halla en lo mas hondo,
porque ese baja hasta el fondo
donde el destino las puso.

Cuando reina temporal
en el mar de la existencia,
puede salvar la prudencia
de nuestra dicha el caudal.
Si es mas recio el vendabal
con el ánimo mas fuerte
lo combate, quien advierte
que de la vida en el mar,
nadies alcanza á sonar
los caprichos de la suerte.

Es el viaje de la vida
un contraste interminable,
que en ella todo es mudable,
todo se siente y se olvida.
Siempre la suerte escondida
está tras de espeso velo,
tras de la pena el consuelo,
tras de la dicha el dolor,
el placer y el sinsabor,
el purgatorio y el cielo.

Triste destino es vivir
entre el placer y el pesar,
pues para saber gozar
hay que aprender á sufrir;
mas si al hombre el porvenir
el destino no revela,
es porque así lo consuela
la esperanza halagadora
de ver al cabo la aurora
que en sus ensueños anhela.

En el mar de la existencia
la habilidad del marino
á las olas del destino
combate con la experiencia.
Contra el mar no hay resistencia
cuando sus espumas brota,
pero de aceite una gota
(comparada con el mar)
puede su furia aplacar
cuando á la nave lo azota.

Euqirne.

EL DUENDE DE LA UNION

Hagannos el favor de persignarse y de rezar las letanías entre dientes, antes de leer lo que sigue, para auyentar á Mandinga que es el que mete la cola en estos intringulis.

Lo sabemos de cierto por conducto del brujo de la calle 25, como sabemos tambien otras cosas *de bullo* que reservamos para el próximo número, previa consulta con nuestro confesor.

Mientras tanto, ahí va ese primer capítulo que tomamos de un diario de los mas bien informados.

«Desde hace algunos años, en la calle Joanico N.º 55, vive la viuda de un señor Madriaga, con dos hijas, un jóven y una señora anciana. Linda la casa por uno de sus lados con la carpintería de un señor Betinbelli, cuyo señor tuvo la desgracia hará cosa de tres semanas de perder á la compañera de sus dias... y de sus noches.

La propiedad se compone de 4 piezas, una de las cuales da frente á la calle, y de un patio bastante grande.

La mañana que siguió al día de la muerte de la señora de Betinhelli, con gran sorpresa de la familia de Madriaga, las puertas todas fueron encontradas abiertas.

Por repetidas veces, mientras aquella dormía, fueron sentidos fuertes golpes en la puerta de calle; pero al ir á ver quien llamaba no fué vista parsona alguna. Como se comprende el hecho llamó la atención y mucho más si se considera que á la tarde de ese mismo día en las piezas interiores se produjeron ruidos extraños, como ser los que producen la caída de objetos que se rompían al dar en el suelo, pero que luego se encontraban intactos en su sitio de costumbre.

Y vino la policía.

Noche de perros, aquella!

Se oyeron ruidos; pero no se pudo conocer su origen.

Entonces el vigilante, gallego por más señas, y que se las echaba de entendido en la materia, dijo en alta voz que en la casa andaba una alma en pena.

Pidió una vela. La encendió y dijo después persignándose:

—Anima que *andás* penando. «Si *venís* de parte de Dios *decí* lo que *querés*.»

El vigilante se arrodilló entonces, en compañía del joven Antonio, pero en ese momento la vela, cuya llama producía una vivísima luz, se apagó súbitamente, la mesa de la cocina trepidó con fuerza y desde el patio se oyeron risas estrepitosas y una voz que decía, remedando la del agente de la autoridad:

—«Anima que *andás* penando. Me olvidé de ponerte el *güeso*.»

—¿Qué *querrá* decir eso del *güeso*? se preguntó el agente?

—Mire amigo.—respondió el joven que le acompañaba—lo mejor es que me vaya á dormir, porque sinó vamos á pasarnos la noche sin pegar los ojos.

—Vd. cuida la casa.

Marcharon ambos hacia la pieza que ocupaba el joven; volvieron á encender la vela, pero en el momento de abrir la puerta Antonio Madriaga sintió que una mano invisible oprmía fuertemente la suya contra la hoja de aquella, imposibilitándolo de mover el brazo.

Los vecinos de la propiedad Joanicó 55 sienten todas las noches ruidos fuertes que parten de las piezas interiores, y la mayor parte de los días han encontrado las puertas abiertas de par en par, sobre todo la de calle, que se cierra con llave.

El último de los hechos misteriosos sucedidos allí acaeció el martes.

Parece ser que muchas voces fueron escuchadas conjuntamente con silbidos agudos y que al enterarse de mañana de lo que había pasado en la casa maldita,

con gran asombro se vió en medio del patio una mesa de luz con un tapete verde encima, una vela consumida casi en su totalidad y varios porotos deseminados sobre una haz de cartas.

Indudablemente las ánimas habían estado jugando al punto aquella noche, y eso que todos creemos que solo es del dominio del hombre el manejo del *descuadernado*.

COSAS CRIOLLAS

EL GRITO DE ASENCIO

En la vidriera de la librería de Sierra y Antuña, calle 18 de Julio, se exhibe una copia fotográfica de ese cuadro de Hequet, que forma parte de la serie de episodios de nuestra independencia, que transmite al lienzo con indiscutible verdad histórica, el talento artístico del apreciable compatriota.

La leyenda del cuadro es la siguiente:— Pedro José Viera y Venancio Benavides, al frente de un puñado de patriotas, dan el grito de libertad en Asencio, el 7 de Febrero de 1811, iniciando con él la gloriosa epopeya de nuestra Independencia.

La composición del cuadro es, en nuestra humilde opinión, lo más bien inspirada; allí hay gauchos que viven en todo el esplendor de aquellos tiempos *criollos*, y un algo que nos transporta á las épocas tradicionales del verdadero patriotismo.

¡Bien! por nuestro amigo y paisano, Diógenes Hequet, á quien enviamos nuestras felicitaciones:

Si aquesta patria oriental
justicia al mérito hiciera,
si la patria protejera
al artista nacional.
de fijo, amigo, un caudal
le valiera su talento,
que en sus cuadros (no le miento)
hay belleza, verdad pura,
y es de histórica pintura
cada cuadro un monumento.

¡Vayan á verlos, paisanos!
son lecciones de civismo
donde vive el patriotismo
de aquellos gauchos serranos;
de aquellos en cuyas manos
puso la patria su suerte,
y que con ánimo fuerte,
con indomable altivez
gritaron mas de una vez:
¡Independencia ó la muerte!